

Á MIS QUERIDOS COLEGAS CONTERTULIOS

PROCLAMA CURSI ⁽¹⁾

Cuando á la corte vine de estampía,
Para echar medias suelas y tacones
A la vieja inmortal Patología,
Traje algunos doblones.
Sudor-en-latas de la frente mía.

No bien hube llegado, varios muertos
Se dieron á gritar: «¡Médico nuevo!»
Y llenos de ilusiones, aunque yertos,
Amén de cojos, tísicos ó tuertos,
Quisieron repitiese *lo del huevo*.

Á algunos los curé por arte mágica;
Otros me resultaron semi-vivos;
Otros, difuntos ya definitivos,
Fueron de mi *debul* la parte trágica.
(Re: peto del desaire los motivos).

Puesto ya en tal pendiente: «Pepe, dije,
»Bueno es cumplir lo que el decoro exige;
»Y pues visitas, paga tu tributo:
»Sólo llenando este deber externo,
»Con derecho podrás, pleno, absoluto,
»Hablar mal de las Cortes y el Gobierno.»

Y dicho y hecho, y voy y me delato;
Mas, cual si el paso fuera desacato,
Síndicos y peritos me condenan
Á *la pena inmediata*; pronto ordenan
Las oficinas, con crueldad notoria,
Y en virtud de implacable ejecutoria,
Que por subsidio pague... (no sé cuanto;
Mi mujer de estas cosas está al tanto,
Pues, en punto á dinero,
Yo cuido de ganarlo,
Y ella de repartirlo y ahorrarlo,
Sin lo cual fuera inútil lo primero.)

La noche en que se inauguraron las TERTULIAS MÉDICAS DE CONFIANZA en casa del Dr. Letamendi, creyó el referido dueño de la casa que debía hacer alguna manifestación á modo de inaugural y fin de fiesta; mas como no estuviese la concurrencia para muy fuertes seriedades, aunque sí para muy extraordinarias benevolencias, dióse por satisfecha con esta humorística proclama.

Mas, ¡por vida de Apolo!
¡Bien venido seas mal si vienes solo!
A poco de esa ruda acometida
(Por sobra de honradez, bien merecida),
Y cuando ya en mi casa, por prudencia,
Dictada estaba la alta providencia
De suplir el asado con gazpacho,
Vino el Señor Camacho
(Aquel de los rentísticos camelos),
Y, sea por inquinas, ó por celos
Porque vivo en la calle de Cervantes
(Padre del de *las bodas* rebosantes),
Me repartió según su catecismo,
¡Veinte duros por sal!... ¡Ábrete abismo!
¡Por cloruro de sodio veinte duros,
Á un pobre catalán desaborido...!
¿Qué cuota pagará Paco Romero,
Cardona de la sal, mar del salero?!?!

No hay caudal que resista
Tales arremetidas, y en su vista,
Y á más reflexionando
Que la contribución irá aumentando,
Y que tras de Camacho y su sistema
Vendrá del socialismo el gran dilema
De darlo todo en nombre del desorden,
Ó darlo todo á quien mantenga el orden,
He resuelto, por no volverme pobre,
No gastar más que aquello que me sobre.
Y, como consecuencia de mi enmienda,
Quiero que ustedes sepan de antemano
(Mi franqueza ¡pardiez! no les ofenda)
Que estas serán tertulias de secano;
—Más claro y castellano—
Que me dispensen si no doy merienda.

Yo bien se que, cediendo á la rutina,
Con repartirles una muselina
de jamón entre obleas de pan blando,
Y luego una tacita acompañando
Llena de una infusión de paja de heno,
Que ni llega á alimento ni á veneno,
De aquí saldrían todos pregonando,
Más que por plenitud, por cortesía,
De mi espléndido té lo confortable...

¡Recurso miserable,
Cuya virtud, por cierto, no adivino,
Aunque de plus se dé un poco de vino!
Yo soy muy radical en mis doctrinas;
Yo á los amigos no les doy sardinas
Ni mitos de jamón en telarañas:
Ó cada noche, por salir de apuros,
Me gasto en el *buffet* trescientos duros,
Ó me atengo á encenderles las arañas,
Y al propio resplandor de sus bujías,
Manifestarles las miserias mías
Sin mistificaciones ni patrañas.

Ea, pues, caballeros, divertirse,
Ya que del gastar poco yo me encargo,
Con el fin de que puedan repetirse
Estas tertulias por un tiempo largo,
Donde, endulzando el fruto, siempre amargo,
De nuestro ministerio... sin cartera,
Vayamos estrechando el común trato
Por un medio barato.

Y así, por suave artística manera,
Libres de la infestante filoxera
De envidias, prevenciones y tranquilas,
Logremos redimir la clase entera
De críticas, de sátiras, de hablillas.

La CLASE está en las almas, no en los labios;
Menos mentarla, pues, y más quererla,
Y para más quererla es ley honrarla
Bajo la enseña: «*TODOS PARA TODOS*;»
Abandonando bárbaros resabios
Del tiempo de los godos,
Más silvestres y discolos que sabios.

Hé aquí el objetivo que os propone
Quien, sin daros merienda,
Se presta ansioso á la común enmienda
Y á vuestro arbitrio cuanto tiene pone.

Dignáos, pues, honrar miras tan altas
Concurriendo á estas fiestas de secano
Una vez cada mes (salvo en verano),
Perdonando al autor sus muchas faltas.

21 de Febrero de 1883.

UN POCO DE AFORÍSTICA

La *crianza* de un hijo debe comenzar desde el primer signo de embarazo; su *educación* desde la ligadura del cordón umbilical.



No digas ni hagas ¡oh madre! delante de tus hijos lo que no pudieses decir ó hacer, sin detrimento de tu decoro, en mitad del día y de la Puerta del Sol.



Voluntad de hierro evita lección de palo.



Mantente, niño, alegre, meón y buen durmiente..... y riase la gente.



Del médico de niños vale más, por punto general, un consejo que una receta.



El verdadero embarazo dura veinticinco años: todo este tiempo necesita una madre para dirigir á buen término lo más recio y lo más tenue de nuestro sér: huesos y sesos.



En las enfermedades de los niños, la asidua observación de la madre forma la mitad de la ciencia del médico.



Madre, si tu niño en la primera infancia se presentase extraordinariamente famoso, pon tus ojos en su padre y en tí misma; y si comprendieres que vuestra propia robustez no corresponde á aquellos alardes de la criatura, ponla bajo la dirección de un médico sin preguntarme el por qué. Reflexiona tan sólo que nadie da lo que no tiene, y que si en aritmética se dice que *ménos multiplicado por ménos da más*, se entiende que ese *más* es más cantidad de ménos.



—Carolina con mal de ojos; Adolfin con mal de oídos; Juan con costras en los codos.....

—¿Y los demás?

—Todos buenos.

—Pues al médico con todos.



Malaventurado el hogar doméstico donde, al morir el esposo, muere con él el padre. Así, la perfecta viuda es aquélla que, asumiéndose el oficio paterno sin renunciar al materno, transforma en bien de sus hijos aquella misma energía que otras viudas disipan en lágrimas de sus ojos.

(*La Madre y el Niño.*)

SATIRICON MÉDICO

UNA VELADA EN CASA DEL BOTICARIO TRUCHELA

APUNTES AL LÁPIZ, POR EL DR. PETRONIUS

Cierta noche se me antojó meterme dentro de un frasco de cantáridas, que un mancebo droguero llevaba del almacén de su amo á una botica del arrabal de la ciudad. Tiempo hacía que me andaba titilando el capricho de colarme, sin ser visto, en un rincón de alguna de esas boticas en que ciertos médicos fijan á las horas de vela sus reales, situándose á veces tan arrinconaditos junto á las puertas vidrieras, que no parece sino que venden «*ostras frescas de Ostende;.....*» y he aquí que la primera coyuntura la aproveché.

En una exhalación llevónos el muchacho, á las cantáridas y á mí enfrascado con ellas, á nuestro destino. Iba yo con el pasmo del que teme ser olido en llegando; mas por dicha mía respiré al oír que el *principal* le decía al chico, con aire distraído:—«Antoñico, déjalas ahí, que hoy no estoy para examinarlas, y dile á tu amo que mañana pasará por su almacén, y que me tenga hecha la cuenta del semestre.»—Ahí, pues, nos dejó el chico, en el primer hueco de la *estantería* que se le vino delante, y allí me quedé quieto, procurando atisbar, por cima del rótulo de mi tarro, en qué botica estábamos. Ví que nuestro *varadero* era la del licenciado Truchela, hombre de ingenio y actividad, boticario á *natura*, alcalde *crónico* de barrio, ex-miliciano, exobrero de la parroquia, *flos sanctorum* de vidas de la ve-

ciudad, aspirante á sanjuanista, y gran madrugador de torcidos intentos.

En aquella sazón la botica estaba, se puede decir, desierta; pues el boticario, señora y familia cenaban en la trastienda, y el alma del practicante, fatigada de repasar las *cucurbitáceas*, los *tardigrados* y las *sales de tungsteno*, que le tocaban de lecciones de vela, había concluido por abandonar su cuerpo, graciosamente dormido sobre el pupitre, á guisa de *Fabio Orsini*. En esto entróse en la botica una criada, y tal era ella, tan agitada venia, y tan azorado despertó el muchacho, que me figuré que iban á entonar el dúo de *Lucrecia Borgia*; mas todo se resolvió en la prosáica demanda de una *botella de jarabe de Pepa-Juana*. Dúo ya le hubo, y no muy venial, y *Duque de Ferrara* y todo; però en cambio quedé aleccionado en el arte de intercalar *utile dulci* en el despacho de las medicinas. Al fin, la muchacha se fué servida, y el muchacho volvió á su pupitre á digerir unas pocas *cucurbitáceas* más, que era, á juzgar por su *facies*, lo que mejorle hacía al caso.

Yo estaba incómodo ya: las cantáridas empezaban á darme comezón; el tapón me ahogaba; y como mirando al soslayo viese que junto á *nosotros* estaba aquel cierto pote histórico que dice *Div. Rez.*, y para mayor ganga destapado, levanté bonitamente el toldo de mi receptáculo, y pasándome de un salto al de *Div. Rez.*, dije á las cantáridas: «¡Abur, compañeras! que para los enfermos os quiero yo, no para mi cuero.» Puesto ya allí, respiré, considerando que como no ocurriese algún *statim* de asafétida, ya nada me había de molestar.

No bien me había ensortijado en el pote, como gato en canastilla, cuando el maestro boticario salió á la tienda, haciendo ademán al mancebo de que se fuese á cenar la posdata de la cena de familia, que por lo que vine á oler, se componía de berzas hervidas, bacalao frito, y de añadidura un huevo, que de fijo no era *del día*, siendo para boca de practicante. Restregándose las manos quedó el boticario, paseando arriba y abajo por la desierta oficina, como quien dice, *ya tenemos un día más*; y muy luego, fijando la vista en las *cucurbitáceas* del mancebo, y soltando un enfático *¡bah!* como diciendo para sí: «¡ahora vean ustedes qué cosas de hacer estudiar á esos muchachos!» acabó por sentarse en su silla oficial, dando un bostezo tan inverosímil, que por momentos temí le dislocaba la mandíbula. Era de ver aquel ente larguiseco, acamellado, cara de zorra, pelo llorón, exornada la persona con una que en tiempos fué opulenta bata, y hoy triste funda de manipular, y armada la cabeza con unas gafas,

levantadas como visera sobre las cejas, á guisa de ojos de rana, y un casquete echado atrás pendiente de la mollera; con todo ese conjunto ver á aquel ente en el paroxismo de un bostezo clásico, acompañado de un estiramiento general, mira, lector, creí que le reventaba el pote.

Absorto contemplaba yo aquel fenómeno, que convertía á mi hombre en telégrafo militar, cuando la puerta vidriera de la calle se abrió, y colósenos dentro un colega; pero ¡¡¡qué colega!!! Figúrate, lector, una damajuana con piernas, y que tuviese por tapón una alcancía con ojos, y tendrás la efigie del Dr. Marraco; tertuliano ordinario que se entraba buenamente á saber «qué se decía por la botica.» Érase el tal uno de esos hombres que, antes de que se les caiga el cordón umbilical, ya tienen digerida toda la experiencia del mundo, y que en la pila misma del bautismo ya balbucean: *ahí me las den todas*. Rostro impasible, reflejo de un alma cínica, gran comedor y célibe por sistema, ni había por donde entrarle daño, ni de donde extraerle provecho; verdadero *paquidermo racional*, lo uno por no sentir el mal, lo otro para guardarse el bien, venía á ser Marraco una de esas excrecencias sociales, nacidas *ad hoc* para sí y contra todo. Sabía lo preciso para saberlo aparentar; era hombre de orden, de tradición, de principio de autoridad; no por el orden, ni la tradición, ni el principio de autoridad, sino porque ya él se tenía sus cosas calculadas bajo ese pie; porque en realidad, no había en sus adentros el grado de calor que necesita la conciencia para empollar, y á pesar de sus aires doctorales, era para él tan ignoto el sentimiento de la dignidad profesional, como para un peruano lo son truenos y rayos.

Entró, se sentó, como rendido de llevarse á sí mismo, dejó el sombrero, sacó un pañuelo de color, y con él anduvo á vueltas largo rato, enjugándose, sobándose, sonándose, estornudándole dentro, y concluyendo por apelotonarle, le guardó en el puño; apoyó éste en la rodilla, y después de una pausa proporcionada, y como el que ya para nada necesita empezar por las «buenas noches» de cortesía, rompió el silencio con este lacónico:

—¿Qué hay de nuevo?

—Hombre, ni por un diente se adquiere una noticia; está la cosa pública como una marmita de Papín; se marca la presión, pero no se sabe lo que hierve dentro.

—Pero, ¿y eso que se dice de los puntos negros?

—Yo no sé; pero se me figura que el Emperador trata de saldar las cuentas en detall.....

—¡Hombre! y á propósito de cuentas; arreglemos si os parece las

de esta primera semana, ahora que estáis desocupado, y antes que venga el otro colega; pues delante de él no se puede tratar cosa de provecho.

—Bien..... como queráis.

En esto tiró Truchela del cajón del pupitre; sacó un libro de registro, y después de buscar y rebuscar, dijo de esta manera:

—¡Ojalá Dios que las demás semanas sigan las huellas de la que hoy fine, y cuyo balance os dará la muestra de lo que se pudiera hacer en este renglón, si los médicos no fuesen tan sándios!

Héos aquí el resultado.

Tenéis esta semana «trece soluciones gumoso-nítricas para la señora del Juez.....

»Dos cajas de píldoras aloéticas para doña Sola.....

»Dos jeringas de inyección para D. Canuto.....; vos le recetásteis una, pero se le rompió, y como es natural, vino por otra.....: os la pudiera bien callar..... ya véis que aquí se juega limpio.»

—¡Hombre! ¡Hombre! ¡Hombre! ¡Hombre! ¡Hombre.....! ¡Por Dios.....!

—Digo que tenéis además 30 robs Laffecteur para distintas cosas, de los cuales 23 sin mercurio y 7 con él.;

—¿Es mucha la diferencia del precio?

—Ninguna, porque tampoco la hay en la composición.

—Adelante..... y de vuestra *Ambrosia antidiscrásica*, ¿cómo estamos?

—Ya vendrá eso. Tenéis 142 vejigatorios: mirad; ahí he debido, á toda prisa, volver á hacer repuesto de cantáridas; pues ni un ala de ellas me quedaba en la botica. (¡Santo Dios! dije para mí; si no me salgo del frasco, eran capaces de hacer esta misma noche un *statim* con pasta de mi persona!)

Y sigue Truchela:—Podéis desde mañana prodigar vesicantes; que moscas no faltan, y es renglón que os conviene..... quiero decir, que deja beneficios limpios; pero no me vengáis con el engorro de alcanforarlas.

—¡Es que se irrita mucho la vejiga de la orina, sino se toma esta precaución! ¡Como queráis.....!

—¡Bagatela! ¿Pues, qué? ¿Se dan acaso las cantáridas como *emolientes*? ¡Qué manías se han propagado desde esa moda flamante de la *acción fisiológica de los medicamentos*! Ahora viene lo de la *Ambrosia antidiscrásica*. Perezoso habéis estado; mas con todo, aquí encuentro despachadas por receta vuestra 57, que á un realito limpio para vos cada botella..... ¿eh?

—¡Oh! En adelante no me pillan dormido; lo que es en la consultación de mi casa, no receto ya nada más que Ambrosía antidiscrásica..... cosa resuelta.

—Sí, creedme, en eso de curar es lástima mirarse; yo he servido largos años á grandes notabilidades, sin más *materia médica* en casa que nitro y agua de borrajas.

—¡Ya tenéis razón! El vulgo es necio, la naturaleza loca, los colegas ladinos, los boticarios, salvo raras y honrosas excepciones como vos, trampollas.....; en medio de esa babel, ¡quién sabe lo que se dá! ¡Quién sabe lo que se pesca!! ¡Quién sabe lo que se cura!!! ¡Quién sabe lo que se mata.....!!!!

—¡Bravo, hombre! ¡Bravo! Veo que á medida que os váis espontaneando, váis apareciendo á mis ojos más digno del concepto de hombre de clara inteligencia, que de vos he tenido siempre.

—Gracias. Adelante.

—Diecisiete parches de emplasto *pro matrice*, de los cuales 10 para señora y 7 para caballero; y decid, ¿qué tal os va en los hombres?

—No puedo decir mal; en ninguno he observado cosa..... (¡Adiós! Ábrese la puerta vidriera; entra el Dr. Avanto y tras de él otra criada, llevando de la mano á un chiquillo. La entrada de esos tres individuos y de sus tres *buenas noches*, desconcierta aquel juego prohibido, y en un santiamén, nuestros contratantes se trasmutan en dos personas decentes.)

Al ver entrar al Dr. Avanto respiré, como respira un náufrago que cansado de vagar por una desierta isla, sin ver más que panteras, culebrones y sabandijas..... divisa por fin *un hombre*. En efecto, era el Dr. Avanto un joven lleno de fe, esperanza y caridad, que no conociendo de Truchela más que el lado bueno, se había amistanzado con él con la misma irreflexión con que una inexperta moza se deja cortejar por un tahur de café, sólo porque tiene chispa: porque hay que consignar (por si el lector no lo hubiese ya supuesto), que Truchela no lo tenía todo malo; ¡oh! no: Truchela no se perdía por falta de ciencia, sino de conciencia; es decir, que siendo un buen químico con el entendimiento, era un malísimo boticario por el temperamento: por manera que como el que tiene dos novias, una por amor, otra por lujuria, cultivaba Truchela dos amistades; la del Dr. Avanto por las cosas buenas que le sacaba; la del Dr. Marraco por las ruindades que le proponía. Así era de ver la perplejidad de este último, en el momento de entrar en la botica el primero; pues Marraco, como á rival, aborrecía á Avanto, y como amarraco que era, le respetaba porque le temía.

No sé por qué (pero es la verdad) presentí que aquella velada iba á ser notable en los fastos de la tertulia botiguera, y así, me arrellané á más y mejor en mi receptáculo, con la misma infantil anhelación con que un paleta se quita la gorra y se sienta al ver levantar el telón, la primera noche que le llevan al teatro.

Déjame ahora, lector, que me suprima, mientras habla por mí esta fiel historia, que aunque es complicado el diálogo, yo te indicaré de quién sean y á quién se dirijan las razones de cada cuál, de modo que te estorbe la imaginación lo menos posible, como así lo enseña á hacer el Dante en su *Divina Comedia*. Si alguna vez yo no me puedo reprimir te hablaré entre paréntesis *sin claudatur*, ya que de las cosas que aquí te cuento hube de ser testigo dentro un tarro *sin tapón*.

La criada, como á mujer, fué la primera que habló:

—Vengo á por el emplasto de la señora..... Si me lo puede despachar seguidito, señor Truchela, me aguardo.

—Voy á ello.

.....
(Pausa de pringue.)
.....

—Y diga usted, señor Truchela, ¿cómo es que habiendo pagado siempre por ese parche seis reales, en tanto tiempo como se los venimos á comprar á usted, me llevó la semana pasada un real más?

(*De pronto el chiquillo á la moza*).—No es esto lo que te ha dicho mamá.....

(*Y Truchela al chiquillo*).—¡Pues oiga! ¿quién te mete á ti en la conversación? ¿Ha visto usted, amigo Avanto?

—¡Ya! ¡Ya! ¡Que despejado y listo parece este rapazuelo! Dí, hijito, ¿qué ha dicho mamá?

—Mamá ha dicho que se callase la boca, hasta ver si también hoy le llevaban el real de más..... sino que ésta es una trapalona entrometida.....

—¿Ha visto usted, Marraco, qué despejo el de este chiquitín.....?

(*Y la criada á Avanto*).—¡Pues déle usted alas al nene!

(*Y el niño sobreexcitado*).—¡Sí! ¡sí! ¡sí!, y además ha dicho.....

(*Y ella*).—No le hagan caso, que es un enredador.....

(*Y Avanto*).—¿Y qué tiene eso de malo en esta edad.....? Dí, niño, dí, ¿qué más ha dicho mamá? ¿Qué más ha dicho.....?

—Ha dicho..... ha dicho..... ha dicho..... ha dicho..... no lo quiero decir.

Figúrate, lector, cómo lo había de decir el angelito, si la fiera mi-

rada de la muchacha parecía decirle en taquigrafía: «¡Cállate marra-
nito, si no se lo cuento á mamá en llegando á casa!»

(*Pero el bonachón de Avanto, insistiendo*).—Dí, ¿y por qué no lo quie-
res decir?

—Porque no quiero.

—¡Ejeh! ¡que no lo sabes! ¡eso es! ¡eso!

—Pues, sí, señor, que lo sé: sino que ÉSTA me mira.

—¡Tú verás, si no te callas!.....

—¡Pues sí, señor! ¡Sí, señor!! ¡Sí, señor!!! Lo que mamá ha di-
cho es que teme que el Dr. *Macaco* y el boticario están..... están.....

—¡Cállate!.....

—Están..... ¡ay! ¿Cómo ha dicho que están?.....

—¡Cállate!.....

—¡Ah!..... conchavados; sí, sí; conchavados.

Muda quedó la botica: Truchela mirando á Marraco, Marraco y Truchela al niño, la criada á Truchela y á Avanto, y el niño en el centro girando un vistazo general, se formó en un instante dentro la botica una verdadera *telaraña de miradas indescriptibles*.

Lo que es la criada estuvo sublime como mujer en conflicto; dióle al chiquillo una cachetina feroz, y tirándole de un brazo, como quien lleva el perro á bañar, salióse con él arrastrando, y fué sin decir ni tan siquiera «¡abur!»

Aquéllo, sin embargo, quedó muy descalabrado. El Dr. Avanto, á pesar de su sencillez, entrevió el misterio. ¡Oh, sí; le entrevió! El virus de la desconfianza circulaba ya por sus venas; pero caracteres como el suyo son propensos á aguardar siempre aquello de «¡quién lo había de decir!», de suerte que entre su educación y el cinismo de sus contertulios, se encontró por de pronto el medio de hilvanar aquel descosido. Marraco fué quien rompió el silencio con el siguiente admirable golpe diplomático:

—¿Y ustedes creen acaso que eso es invención de ese chiquillo? ¿De dónde se lo había de sacar la criatura si no se lo hubiese oído á su madre?... ¡Buenos, buenos estamos! ¡Qué tiempos, señor! ¡Qué tiempos alcanza la Facultad! *Medicus naturæ minister et interpres*, ¡hete aquí escarnecido en el ejercicio de tu sublime sacerdocio por una madre sin pudor, escandalizado por un chiquillo sin vergüenza, y expuesto al ludibrio de una fregona sin principios!... ¡Ay, amigo Avanto! Usted es joven todavía; todavía está usted á tiempo de salvarse; créame usted, abandone esa carrera..... que lo es de baquetas para todo hombre de corazón.

—¡Oh! sí; ya le aconseja usted bien. Figúrense ustedes ¡qué situa-

ción, por otra parte, la mía! La trementina de Venecia ha subido en tres meses ocho reales por arroba; la pez de Borgoña otro tanto, y después que por consideración he estado vendiendo á pérdida todo ese tiempo, me he de sentir bochornos sólo porque un día se me ocurre subirles un real los parches... y eso que ahora me quedo con éste aquí, y Dios sabe si volverán á recogerle..... Tiene razón mi colega, Dr. Avanto; si yo tuviese la edad de usted, no estuviera yo ya aquí cocinando medicinas.

—Pues, amigos míos, yo pienso luchar. Me gusta mi profesión; no me trae, á Dios gracias, disgustillos ni disgustazos de esos de que veo que tantos médicos se lamentan; hablo á la gente llamando sin comedias el pan, pan, y el vino, vino..... y Dios proveerá.....

(*Y Marraco*).—Pero, ¿no lo ve usted? ¿Quiere usted más entereza que la mía? ¡Y ya usted ha visto!.....

—Ya veo; pero.....

—Déjense ustedes de discusión, porque no hay que darle vueltas, replica el boticario; las carreras están perdidas; la inconsideración las va minando cada día más y más; esa malhadada libertad de industrias, al acabar con los gremios, ha comprometido la dignidad de las profesiones doctorales (Truchela fué miliciano, no lo olvides, lector); la intrusión ha traído el desprestigio; ya todos somos unos; ya se nos trata hasta de *¡conchavados!*

—Pues, francamente, señores, yo no soy de este parecer; yo creo que todo iría mejor sin tantas pragmáticas, ni tantos reglamentos, ni tantas garrambainas; pues como quiera que en materias de salud cada cual concluye por hacer de la suya lo que le da la real gana, y que siempre lo vedado es deseado, resulta que si la intrusión no se vedara, de fijo que mucho menos buscada había de ser. Esto, para mí, es evidente.

(¡Ay, colega de mi alma!) —exclamé para mi pote; — te explicas como un libro..... ¡pero de los que se explican bien!

En esto el boticario había ido avanzando hacia junto á aquel cierto pupitre de las *cucurbitáceas*, y en él se apoyó rascándose el casquete, mientras que Avanto y Marraco se acomodaron en el *sofá de espera* que al otro lado y frente al pupitre estaba.

Yo ya presumí que el debate se pondría serio; pues por más que los tres disimulaban, se echaba de ver, por el tonillo de todos, que desde el *sinistro* de la chiquillada, cada cual, á su manera, andaba criando mala sangre.

Tal se vió por la réplica de Truchela á las discretas razones de Avanto.

—¡Bien, hombre, bien! ¡Así, recio!, como si no fuese bastante el

que todo se le venga á uno encima, empiecen ahora á darnos de palos las gentes de casa, los mismos médicos; ¡y los jóvenes, señor, la gente del porvenir! ¿Qué le parece á usted, Dr. Marraco, de las lindes con que nos sale ahora el amiguito? ¿Ha oído usted en su vida principios más disolventes?

(*Y Marraco*).—En verdad, señor de Avanto, que no puedo estar con usted en esta cuestión. La situación que la Farmacia viene atravesando tiempo há es tristísima, y sólo reconoce por causa la transgresión lamentable de las prescripciones legales; esas intrusiones escandalosas; ¡esa befa del principio de autoridad! (*Aquí un conterazo al suelo*). Es menester, señor mío, que todo médico conservador arrime el hombro al boticario; ¡si la botica cae, la anarquía se nos viene encima! (*Otro conterazo al suelo*); es este un deber indeclinable de todo médico que comprenda su misión.....

(*Y Avanto*).—Pero hombre.....

(*Y Marraco*).—¡Oh!, ¡Sí, señor! ¡¡Sí, señor!! ¡¡¡Sí, señor!!! (*Y aquí un crescendo de conterazos: uno para cada sí, señor*).

(*Y Avanto*).—Pero hombre.....

(*Y Truchela*).—No hay hombre que valga, ¡amigo mío! Lo que dice el doctor es el evangelio..... (*Entra una vieja con la mano envuelta en el pañuelo*).

—Buenas noches.....

(*Truchela distraído, á la vieja*).—¿Qué hace falta?

—Mire usted, estoy rabiando; déme usted algo para este mal de dedo, que hace tres noches no me deja pegar los ojos.....

(*Y Marraco, medio á buenas á Avanto*).—Usted hablará, pero antes dispénsame que fije su reflexión en las verdaderas causas de esa decadencia: creo no me negará usted la triste autoridad de una larga experiencia.

(*Y Truchela á la vieja*).—¡Pero mujer de Dios, si lo que trae usted es un panadizo, que si no se lo abro ahora mismo, mañana le tendrían que cortar la mano!

—¡Ay Virgen santísima!....

—¡Si ya está maduro! No le haré ningún daño; y luego con un ungüento que yo le haré, verá, verá..... Déjeme hacer..... (*Y vuelto á Marraco*). Explíqueme usted, doctor, al señor las habilidades de ese cinico de droguero de ahí junto, que si no por que dirían que abuso de la vara de Alcalde, ya se la hubiera hecho catar. Ande usted, señor Marraco, explíquesele usted bien; que esos jóvenes lo que necesitan son casos prácticos.—(*Y vuelto á la vieja*): Á ver, veamos si está bastante maduro.....

(*Y Avanto*).—Si uno pudiese hablar, yo les haría ver que esa no es cuestión de si el droguero A ó si el herbolario B.....

—¡Ay!, ¡Ay! (*la vieja*); no apr...iete usted tanto! ¡Oy!, ¡Uy!!
!!!Of!!! ¡Por la Virgen de los Desamparados!....

(*Truchela de sopetón soltando el dedo*).—¿Que no es cosa de «si el droguero A, ó el herbolario B»??? ¡San Crispín!! ¿Y eso dice un médico que practica?.....

—Lo digo, pero á pesar de que practico, porque aunque practico, discurro.

—Nada, nada; cuénteles usted, cuénteles usted, doctor Marraco.....
(Y en esto el Truchela sacó de la faltriquera una bolsa, y de la bolsa un bisturí, y del bisturí la hoja.....: todo como un médico.

(*Y Truchela á Avanto*).—Pues oiga usted, amigo: oiga usted *casos* horrorosos. Dos años hace vivía en la *Plaza del Cerdo* una señora que á lo que parece tenía un cáncer en la nariz. Me llamaron y.....
!!!Aeiouy!!! (No es nada, lector, no te asustes..... la vieja y el bisturí de Truchela que han llegado á las manos.....

La pobre vieja se deja caer sobre una silla..... sale el practicante á hacerse cargo del resto.....; profunda pausa.....; gran peste de éter en toda la botica..... ¡TABLEAU!

.....
Truchela listo ya, y todavía blandiendo su bisturí, se acercó á los dos doctores diciendo:

—Ahora estoy con ustedes. Permítanme ustedes dos palabras; pues nadie como yo que toco eso todos los días, puede colocar la cuestión en su verdadero terreno. Oigan ustedes (1) (*pianísimo*). No hace un mes una mujer fué á la droguería de la otra esquina con una receta de una onza de *tártaro* de potasa para purgar á su marido, que era un buen hombre, el mancebo le dió por equivocación una onza de *oxalato* de potasa; ¡buena purga llevó la mujer! Á las dos horas quedó viuda. Digan ustedes ahora, á un droguero que así se mete á ejercer una profesión que no es la suya, sabiendo que se expone (*crescendo*) á ocasionar desastres tan horrorosos, digan ustedes, (*fortísimo*) ¿no hay para hundirle este bisturí hasta los bofes?.....!!

(1) El siguiente caso, uno de tantos ocurridos por descuido, así en droguerías como en boticas desalmadas, es histórico: pasó en Sabadell. Me consta porque posteriormente asistí á la familia de la víctima, con motivo de una gangrena de brazo por causa traumática. La notoriedad auténtica de un caso de éstos vale por cien Reales órdenes.—LETAMENDI.

(*Y viendo que nadie le contesta, prosigue*):—Y á todo esto, mientras esos cínicos industriales despachan *yoduro* á libras, aceite de bacalao á arrobas, magnesia á quintales, y quinina, y opio, y estrignina, y baba de diablo si se les va á comprar, con receta ó sin receta, que lo mismo les da, haciéndose de oro en pocos años, digan ustedes con el corazón en la mano, ¿qué movimiento, qué negocio han visto ustedes en esta misera botica, durante el largo rato que se dignan favorecerla con su visita, si no es aquel parche, que de fijo me lo tendré que quedar, y la onza de ungüento, y la poquitica de pinchadita que se lleva esta buena tía?

.....
—¡Ea! ¡Qué tanta porra!!! ¡Señores míos! (replicó Avanto, alzándose del sofá, plantándose de una zancada en medio de la botica, y mirando desatinado, tan pronto al uno como al otro de sus interlocutores.)—¿Creen ustedes que porque soy pacífico y sincero, se me puede á mí hacer comulgar con ruedas de molino? ¿Ó es que se han vuelto ustedes tontos, justamente esta noche, cuando más discretos necesitaban ser conmigo?

A dúo. {—¿Qué quiere usted decir....?!
 {—¿Qué quiere usted decir....?!

—¡Nada! Porque no me gusta tratar por casos prácticos, ni por *dimes* y *diretes*, cuestiones tan graves como las que aquí se agitan; Los males de la Farmacia no vienen de ahí; ni mucho menos los de la Medicina: en la historia es donde hay que aprender las causas de ese decaimiento, pues es absurdo suponer que los males que afligen á una institución social tan grande como lo es la Medicina, traigan origen de los pecadillos de esa gente intrusa; pues si en buen hora la razón de la diferencia entre Médicos y curanderos consistiese, de hecho, en lo que debe consistir, no precisamente en llevar ó no llevar sotanas y caperuces, sino en saber ó no saber; como toda competencia entre el sabio y el ignorante es temeraria, nadie se metería á ejercer una profesión que no entiende, porque no trae cuenta, porque no trae pan. Así es que por lo tocante á la Medicina, no hay que devanarse los sesos inventando causas; que sobrada la hay en la ignorancia atrevida y desastrosa de un gran número de Médicos de todos tiempos, de todos lugares, de todos calibres! De suerte que respecto á Médicos, la solución extrema es, que el que quiera que se le tenga por tal, y desee sostener la competencia, que estudie mucho y practique de buena fe.

(*Y Marraco*).—Una palabra.....

—No hay palabra..... para eso la tengo yo.

Por lo que dice á la Farmacia, mi opinión arranca igualmente de hechos históricos. Entre la alquimia y la química vivían como anfibios los antiguos boticarios, con tan poca significación como pretensiones, cuando apareció Brown, quien con sus medicaciones tónicas, excitantes, activas en sumo grado, les levantó de un salto fortuna y significación. Apenas todo así medraba, honra y provecho, importancia y fortuna, dos golpes tremendos recibió el boticario sin pensarlo: uno la venida de Hanhemann con sus nonadas de azúcar, su régimen, su cabalística, su guasa descomunal; otro la irrupción de Broussais con su dieta, sus sangrías, su nitro, su agua de borrajas. Partida en dos la floreciente farmacopea; una mitad en el bolsillo del homeópata; otra mitad en el pozo del zaguán, el boticario quebró, como no podía menos de quebrar, sin que el porvenir inmediato le ofreciese más que la dura alternativa de ó morir, ó condenarse; morir, si se atenía lealmente á su oficio; condenarse, si intentaba falsearle. Con paciencia y tiempo empezó la materia médica á reponerse de tan tremendos golpes; pero ya en esto las ideas liberales cundían más y más, y á nombre de esa misma libertad, á medida que cada medicamento resucitaba, lo mismo le daba echarse en brazos de un boticario, que de un droguero, que de cualquier otro para ser explotado. El trance era duro para los boticarios, y como suele acontecer en los graves apuros, en todo se pensó menos en lo que más convenía. Se pensó en elevar el boticario á licenciado, luego el licenciado á doctor, y mientras así se levantaba al boticario por los títulos, rebajábase él mismo cada día por las prácticas; ora inventando remedios secretos, ora ocultando los sabios, ora publicando panaceas; lográndose que á puro de anunciar que *todo lo cura todo*, el público haya concluido por no creer que *nada cure nada*; siendo así que si se hubiesen tenido en cuenta las lecciones del pasado, y puesto diligencia en levantar el saber y la dignidad á compás de la categoría de los títulos, hubiérase reconocido que no tenía, que no tiene, que no tendrá el farmacéutico más recurso que seguir el camino real, dejándose de peligrosos atajos; pues para luchar con la ignorancia y el cinismo de los charlatanes, no hay en el mundo más arbitrio que el saber y la entereza del farmacéutico mismo. Háganlo así; sigan los que van por otros vericuetos las huellas de los que por bien suyo y de la sociedad van animosos por el buen camino, y de fijo que á todos les será mejor contado. Sirvan bien; no reparen en cobrarse *drogas y entendimiento*, si ambas cosas ponen en lo que elaboran; si temen las droguerías, pónganlas ellos también, que sin faltar á la ley y al buen parecer pueden tenerlas; con gran ventaja so-

bre los drogueros, que por su parte no pueden tener farmacia, sin peligro de ser mal vistos ó bien multados. Si temen los malos anuncios del charlatanismo, háganlos buenos de ciencia honrada; que el anunciar es como el hablar y el comer, y todos los demás verbos del diccionario; pues no está el *mal* en hacer las cosas, sino en hacerlas *malas*; y adelante con todo, que el que hace lo que debe y tiene el alma templada, ni en este mundo ni en el otro puede perder; y no se vayan con miserias intruseras, como las que nos ha hecho usted tragar quieras que no esta noche con su dichoso bisturí, pues tenga usted entendido, Sr. Truchela, que si como alcalde de barrio sabe usted su obligación, la primera agarrada que debe usted efectuar es la suya propia.

—¡Insolente!

—Pues no hay más: si insolente quiere decir el que dice lo que no se suele, acepto el epíteto; pues les he dicho á ustedes muchas cosas esta noche, que no se suelen decir ni de noche ni de día. Cállese usted y haga porque vuelva en sí el Dr. Marraco del estupor en que ha caído; porque es éste el primero y el último disgusto que á entrambos les doy. Con que..... ¡abur!

—(Aguarda, que voy contigo!!!!)

(De un brinco me planté con Avanto en la calle, dejando pasmada la acontecida tertulia. Avanto volvió en sí luego, porque me conoce bien, y de mí ya nada le extraña.)

Al llegar á la próxima esquina nos paramos..... á poco salió el botijo del Dr. Marraco, y dibujóse tras de los cristales la silueta aci-güenada de Truchela.....

Y como al través de un tamiz oímos que Truchela, sin duda *arrepentido*, le decía á Marraco: «Mañana concluiremos de arreglar aquello».....

Séales el purgatorio fresco.....

(Archivos de la Medicina Española, 1868.)

CONCORDANCIAS

ENTRE LA VOZ Y EL CARÁCTER DE JULIÁN GAYARRE

¡Qué voy á decir yo, pobre de mí, del glorioso cantor, que no haya sido ya dicho con feliz expresión y repetido por muchos! Lo público no he de mentarlo, por notorio; de lo privado, de lo íntimo nada puedo revelar, porque no tuve la dicha de cultivar el trato del malogrado artista.—De aquella famosa laringe que diz le fué extraída *post mortem*, ignoro el paradero, y aunque á mí llegare, siquiera por consideración á ser el médico más añejo en achaque de anatomías que habita en la corte, pareceme que pasó la oportunidad de que la vea para los fines de sorprender en fresco sus condiciones orgánico-artísticas; porque, si no se la conservó, estará ya descompuesta y, si fué conservada, estará quizás demasiado compuesta ó encurtida. De ella sólo puede hablar con fundamento quien la sorprendió en flagrante naturaleza.

Quédome, pues, reducido al recuerdo de la voz y á la voluntad eficaz de mi espíritu para evocarla, y, oyéndola en mis adentros, ir expresando aquellas ideas que su grata remembranza me sugiera.

Era la voz de Julián Gayarre una voz extraordinariamente justa, fija y bien timbrada, y á esta triple virtud debía aquel don fascinador que tanto y tanto aplauso le granjeaba.

La *justedad* de la voz cantante es rara prenda, aun entre los artistas de mayor mérito y fama. ¡Dar por un *resquicio de carne* notas justas! ¡si basta contemplar una laringe para creerlo imposible! Precisamente, si 30 violines, por ejemplo, ó 12 violoncellos penetran en el corazón mucho más que uno solo, aunque éste sea tañido por una celebridad, es porque la falta de absoluto ajuste entre muchos imprime á su común sonido, por lo *falso*, un carácter de turbulencia vibratoria, pasional, que, por resultar mucho más *humana*, más *de carne*, obra en nosotros con mayor simpatía.

Tales impurezas, en la emisión vocal, siguen una progresión decreciente desde el bajo al verdadero tiple (mujer ó niño), siendo tolerables en las voces graves, sintiéndose poco en las agudas, pero resultando en la escala media muy perjudiciales, porque en ella quedan bastantes aún para que la relativa altura las acuse. Por esto son tan raros los tenores de emisión *justa*; por eso era tan celebrada la purísima emisión de Julián Gayarre.

De la *fijeza*, que bien considerada no es más que la persistencia en la justedad, como ésta no es más que la momentánea fijeza, hay que hacer un don aparte, precisamente porque la persistencia en algo ya es por sí sola una virtud distinta de aquella que supone el realizarlo. Pruébalo el doble hecho de que es dado tener voz, mirada, movimientos de todo linaje, certeros, pero inconstantes, ó al contrario, tenerlos perseverantes en un determinado error. Así, pues, dada una nota, justa ó falsa, es cuestión de tino en la dirección de la propia energía, ó bien de energía al servicio del tino, el mantenerla. Como falte esta relación, nada puede la sola voluntad de tener fijamente una nota, porque inmediatamente se convierte la contracción continua en temblorosa, y surge, en mayor ó menor grado, el *cabriteo*, especie de balido humano, muy parecido en su efecto acústico al fenómeno *pulsación*, aunque muy diferente en el fondo, puesto que éste resulta de la coincidencia intermitente de dos cuerpos sonantes más ó menos próximos al unísono, mientras que aquél, el balido, nace de la intermitencia espasmódica ó convulsiva de los músculos ó carnes que templan un determinado cuerpo sonante (la laringe), y puede tener lugar en cualquiera región de nuestro cuerpo, bajo la conocida forma de rigidez temblorosa.

Defecto es este muy común en las voces de escala grave y media (bajos, barítonos y tenores), habiendo producido la música verdiana de la primera época una verdadera generación de tenores y barítonos medianos, que parecían cabritos de aumento disfrazados de personajes.

Pues bien; lo que admiraba de Gayarre en punto al temple de su voz, era el felicísimo consorcio de la *justedad en el ataque* y la *fijeza en la tenida*.

Por lo que dice al *timbre*, pocos tenores habrá habido más notables, ninguno hay entre los vivos que iguale á nuestro malogrado roncaleño. El timbre de Julián era, no sólo bueno, sino además puro, lo cual en la esfera práctica, y aun á rigor de teoría, es muy distinto, pues son muy diferentes cosas la buena ó mala proporción de armónicas que acompañan al sonido fundamental (timbre, en sentido estricto), y la presencia ó ausencia, producción ó no producción, mezcla ó no mezcla de *sonidos resultantes*, ya *diferenciales*, ya *adicionales*, que á dicho fundamental pueden asociarse (timbre en sentido amplio y práctico). En este punto, y á pesar de que por falta de personales relaciones no pude efectuar un estudio experimental de la voz de Gayarre, á favor de los resonadores de Helmholtz, ni consta que se haya hecho por ningún curioso, español ó extranjero, tengo el

oído bastante sagaz de natural, y además bastante educado, para poder percibir, á semejanza de Rameau y algún otro, sin necesidad de resonadores, las principales armónicas de un timbre de escala media; y así recuerdo que en diferentes ocasiones, aprovechando notas prolongadas con creciente intensidad, le distinguía, con gran trabajo por lo *proporcionadas*, la 1.^a armónica, su 5.^a superior, la 8.^a de la 1.^a, la 3.^a y la 5.^a superiores de dicha octava, no acertando en ningún caso á oír, ni poco ni mucho, la 7.^a bemolizada, ni menos aún, si cabe, la 2.^a supra-aguda, que, juntas con la 8.^a tercera, componen aquel infernal tritón agudísimo que, á poco sonar, destruye la pureza armónica del mejor timbre. De suerte que, de las 10 primeras armónicas, las que no pude percibir en la voz de nuestro querido tenor fueron, digamos *si* b^2 , *do* 5 , *re* 5 y *mi* 3 (notas *g, h, i, j*, teóricas); es decir, el *tritón* ó serie de cuatro notas correspondientes á tres intervalos mayores, que es la verdadera *calamidad natural*, por lo disonante, de todo grupo de armónicas. Si á esto se agrega que no se percibía *en ninguna nota del total registro* la más leve resultante, ni *adicional* ni *diferencial*, se tendrá cabal idea de hasta qué punto era *bueno y puro* el timbre de voz de Gayarre.

En suma: era la voz de nuestro malogrado compatriota un excepcional conjunto de tino, energía y armoniosa perfección. Pudiérase, en última síntesis, decir de ella, como total resultante artística, que reunía á la terneza de las voces *blancas*, ó de fundamental pura, toda la densidad de las voces *viriles*, ó de fundamental armonizada. De ahí su grande, universal y unánime estima; la de lo rarísimo por su excelencia.

.....
 Pero ¿y el título de este artículo? (dirá el lector), ¿qué tiene todo eso que ver con el carácter? No apurarse; que no es mi flaco perder el *oremus*: á lo de la concordancia voy.

No porque yo lo afirme, sino porque lo acredita el mundo entero, de palabra y de obra, es un hecho que la voz, no sólo tiene un valor fisionómico ó revelador del natural carácter de quien la emite, sino que en sus revelaciones vale tanto, si no más, que el total conjunto del rostro. Es la voz un *gesto sonante*, pero con la suma excelencia sobre los demás gestos, así del rostro como del total cuerpo, de que si éstos pueden fingir, aquél, la voz, no finge nunca, pues al intentar la voluntad, sublévase aquélla contra ésta, y en lugar de resultar *ficción*, recíbela el más inocente oído como *voz fingida*, es decir, como intento fracasado. Pudiera ser comparada la laringe á un diplomático sin vocación, que sólo gusta de llamar al pan, pan, y al vino,

vino. Y si no, á ver, ¿quién es el guapo que, para mi confusión, me trae un notariò traga menores, de los de misa á diario y «Ave María purísima» en el cancel, ó un militar cascarrabias, ó un canónigo de nacimiento, ó un orador de partido, ó un cortesano cariado de envidias, ó un asesino por vocación, que tenga voz gayarina, ó que no teniéndola, acierte á fingirla? Á quien logre darme tal sorpresa, le he de encargar, á cueste lo que costare, un canario que ladre, un gallo que rebuzne, un puerco que gorgее, un grajo que trine, un ruiñeñor que gruña, un cabrito que ruja y un león que, en tiernos é inseguros balidos, exprese sus fieras anhelaciones.

Porque esa es ley de Dios, no una tema del misérrimo autor de este artículo, la de que cada ser animado tenga su voz ajustada á la ingenua expresión de su íntimo carácter. Por donde se da la cotidiana maravilla de que cualquiera, por solo el *metal* de voz, sin más dato de sentido, reconozca de pronto é infaliblemente quién, entre sus numerosos deudos, amigos y conocidos le llama, y caso de hablar un desconocido, si es simpático éste ó antipático.

De ahí que, si reducimos la observación á la especial esfera de los cantores, la experiencia nos enseña que ese tipo de voz angélica de Gayarre no le ofrecen nunca los artistas que, por fuerte desequilibrio pasional ó moral de su carácter, no pueden, por natural imposibilidad, tenerla. Muy otras son las voces de esos cantantes. Desequilibradas, cual su íntima naturaleza, promueven pública conflagración, desatan huracanes de sentimiento artístico al primer ataque de la más insignificante nota; porque siendo ya su solo timbre el enunciado del íntimo ardimiento del artista, es como chispa que prende en las pasionales reservas del auditorio. De Tamberlik, por ejemplo, bastaba oír una sola nota, lanzada entre bastidores, y hasta á traste-lón, durante la glacialidad de un entreacto, para que el público en masa entrara en excitación artística.

Empero la voz de Gayarre era muy otra, por ser muy otra la naturaleza físico-moral de que era expresión sintética. En Julián la voz era *justa*, porque era *justo él*, así en el amor á sus camaradas del Roncal, como en su repulsa á un petulante edecán del autócrata ruso. En Julián la voz era *fijsa* en su justedad, porque era *fijso él*, constante y aun tenaz, así en sus justas preferencias, como en sus justas repugnancias. Más demócrata que un yankée en su real sentir y operar, no pudo ni quiso nunca vencer su repugnancia á ingresar en un partido político. En Julián, finalmente, la apacible armonía, la bruñida sonoridad de su *timbre*, correspondía maravillosamente con aquella *infantil y hermosa publicidad de su conciencia*, en cuyo

fondo las armonías de un recto pensar y un bello sentir imprimían á la voluntad un temple simpático á todo el mundo. Fué celebridad, y no se olvidó de su pueblo; fué muchos años cantor teatral, y sin embargo..... murió ingenuo. ¡Si sería *justa, fija y bien timbrada* el alma de Julián Gayarre!

Y aquí suspendo mi tarea, dejando al público el cuidado de acabarla; pues ni este escrito es disertación, sino mero presentimiento de una futura ciencia, ni es prudente en literatura no dejarle nada que hacer al lector, como si fuera material vertedero de nuestras imaginaciones.

Acabo, pues, asegurando (á pesar de no haber tenido la dicha de cruzar en vida con nuestro insigne tenor, ni tan solo un «beso á usted la mano»), que tan dilatados años como el mundo lamente la desaparición de aquella hermosa voz, llorarán los amigos la muerte de aquel que la exhalaba, y por fundamento tan idéntico al del lamento del mundo llorarán éstos, que quizá, quizá, si no hoy, más tarde, desde el escrupuloso Alejandro San Martín hasta el exquisito Mariano de Cavia, lleguen un día, recordando cosas del buen Julián, á convenir en que tenía razón.

(*Gaceta Musical*, de Barcelona, Enero de 1890.)

CESARE AUGUSTO CASELLA

En una época como la presente, en que por una parte los métodos y procedimientos artísticos han llegado á una extrema simplificación, mientras que por otra el espíritu democrático, generalizando la demanda de superiores goces, permite á gran número de regulares capacidades, que en otros tiempos hubieran pasado desapercibidas, cultivar con brillo las artes bellas, es sobremanera difícil conquistarse un primer puesto en estos nobilísimos ramos de la humana cultura; ó en términos más breves: donde son muchos los que aprenden y pocas las dificultades para aprender bien, requiérense grandes dotes para llegar á sobresaliente. Así se explica cómo en medio de tantos y tan hábiles pintores, tantos y tan brillantes concertistas, son hoy más contadas aun que en otros tiempos las notabilidades de primer orden.

Reconócelas, sin embargo, el público donde quiera que se le pre-

sentan, porque posee un superior sentido estético que, si no siempre alcanza á advertirle de las imperfecciones artísticas, bastan al menos para señalarle de un modo certero y directo donde está la positiva perfección. Lograr este reconocimiento público; obtener esa especie de proclamación espontáneas, he aquí la mayor satisfacción, la suprema gloria del hombre de genio. Ciertamente que el público no procede por análisis de frías razones, sino por una síntesis de ardientes sentimientos que estalla en explosiones de aplausos; empero luego después, en el fondo de la conciencia pública, quedan como residuo permanente los motivos racionales de aquella misma explosión, al parecer irreflexiva. Explicar esos motivos de placer que el verdadero Arte nos proporciona, traducir en palabras los aplausos que nos arranca, he aquí la misión de la crítica laudatoria.

Tal es nuestro punto de vista al tomar la pluma para ocuparnos del insigne violoncelista César Augusto Casella. Nuestra crítica no es de artista; no lo somos; nuestra crítica es la expresión literaria de lo que, como parte integrante del público, hemos sentido. Colocados en esta posición, no puede en manera alguna detenernos la consideración de la amistad cordialísima con que el Sr. Casella nos distingue; precisamente la crítica laudatoria, basada en nuestros principios, no puede tener lugar si los aplausos que traduce no son merecidos. La *claque* no tiene traducción literaria; tan imposible es razonar los aplausos de alquiler, como cambiar en plata un doblón falso. Prescinda, pues, el lector, de si somos amigos ó enemigos de César Casella, y fíjese tan sólo en ver si es ó no exacta la análisis que de su mérito artístico nos permitimos borrar en este desaliñado artículo.

Á Casella le hemos oído en el concierto del Salón del Liceo, en el del Ateneo Catalán, y además en otra parte, donde mucho mejor se patentizan las dotes de un artista; le hemos oído en el seno de la más llana confianza, á solas con nosotros, en el más completo olvido de todo acicalamiento académico; en aquel *négligé* moral, en fin, que es para el Arte lo que el *négligé* material para la hermosura: la prueba decisiva. Siempre, en todas partes, hemos visto en él las mismas macizas dotes.

Favorecido por la naturaleza con el don del genio musical, resplandece en Casella aquel foco de espontaneidad creadora, que así le enardece en la composición, como le ilumina en la interpretación de los más inspirados maestros; marcando con característico y personal sello cuanto ejecuta.

Robustece sobre manera este don natural la intensa vocación, que,

como compañera inseparable del génio, ha sentido Casella desde su tierna infancia por el violoncelo, y que le permite hoy, merced á tan dilatados años de práctica, lucir, así en las funciones de profesor concertista, como en las de profesor docente (en los raros casos en que á éstas se presta), un capital de vasta y depurada experiencia.

De ahí que sus composiciones sean tan apropiadas á la severidad sentimental y á las exigencias de mecanismo del violoncelo, que si éste pudiese hablar, seguros estamos de que había de reconocer en Casella el prototipo del *déspota ilustrado*; le domina, si, pero le domina conforme á su naturaleza. ¡Ojalá hubiera en el mundo muchos gobiernos-Casella..... otra sería la suerte del violoncelo-pueblo.....!

Si á estas prendas del orden moral agregamos una organización física, la más selecta para el arte en que se emplea, comprendéremos, en vista de ese conjunto personal, por qué razón el público presta á Casella una atención tan confiada y serena; puesto que en él no se ve nunca la lucha agitada y azarosa entre un hombre y un instrumento, sino pura y simplemente la lucha moral, interna, artística del hombre que busca en su corazón la expresión musical de un sentimiento, sin preocuparse en lo más mínimo del instrumento que ya tiene domeñado; bien así como el poeta ó el actor, en sus esfuerzos por hallar la forma ó la expresión de un concepto, no paran mientes en si la lengua y los labios pondrán obstáculo á su expresión. En este sentido fué que un día, en un arranque de entusiasmo, dijimos á Casella por todo elogio: *Caro maestro, nella sua notomia si trova un organo di più: il violoncello*.—Si: en Casella el instrumento forma una parte intrínseca de su organismo: el público, desde el primer momento, ve en el artista el pleno dominio de la materia bruta, y he aquí por qué, considerándole libre de todo percance mecánico, se entrega descansado al goce estético.

Aparte la estatura, las proporciones del cuerpo, la fuerza de constitución y otras ventajas nada despreciables del orden físico, posee César Casella notabilísimas manos, de espléndido desarrollo y pulsación expedita y vigorosa; condiciones naturales que facilitan sobre manera, así la limpieza de la digitación, como el cromatismo de expresión y la brillantez de tono que le caracterizan: dado que estos resultados dependen siempre no del *esfuerzo* deliberado, penoso, sino de la *fuerza* espontánea, natural, naturalísima, que el artista emplea, y que nacida de una exuberancia de poder, constituye la *habilidad tranquila*. Así es que en lo moral (pues también tienen alma las manos), son las de Casella, como en lo físico, verdadero modelo, cada una en su esfera de acción. Sabido es que en los instrumentos de

cuerda y arco desempeñan ambas manos muy diverso oficio; que mientras la derecha desempeña *música*, la izquierda ejecuta *solfa*: que si la primera *entona*, la segunda *afina*; que si aquélla es la voz del sentimiento, ésta es la norma de la sensibilidad; que ambas son respectivamente, en fin, como alma y cuerpo que realizan las composiciones. Pues bien; en Casella la izquierda mano es excelente bajo el punto de vista de la marca y finación de las notas, es incomparable por el exquisito tino con que se atreve á dar los más extensos saltos sin acudir á la sejuela (*capo-tasto*), ó echando mano de ella, ejecuta por octavas ciertos cantos de bravura en que no creemos tenga rival; y es, además, distinguida por la suma sobriedad que en el empleo de la *vibración* y del ligado por *arrastre* guarda; dos suertes de recursos ocasionados por extremo á amaneramiento, cuando se cuenta con cierto exceso de aptitud física para esta clase de instrumento. En cuanto á la mano derecha, ó *mano musical*, de Casella, no sabemos qué admirar más, si el dominio del arco en *extensión*, ó el dominio del arco en *intensidad*; por el primer concepto, las frases musicales de Casella son siempre extensas, desahogadas y magistralmente dispuestas á su natural caída y mutuo enlace; mientras que por el segundo concepto, en realidad *hace hablar*, como vulgarmente se dice, á su instrumento; logrando gran vigor y limpieza de entonación hasta en aquellas frases que, en orden al colorido, deben quedar y quedan envueltas, como quien dice, en misteriosa obscuridad.

De la derecha de Casella puede decirse que, ora en los claros, ora en los oscuros, siempre pinta con distinción y magia de color; siempre dibuja con resolución y corrección de estilo. Ahí está el alma del artista: en esa mano inspirada por donde se le sale á chorro la vida del corazón, para ir á excitar el placer y transfundir el sentimiento supremo de lo bello en el ánimo de cuantos le escuchan....

*
* *

He aquí, lector, la suma de motivos que en nuestro sentir obligan á tributar á César Augusto Casella los espontáneos y entusiastas aplausos que en Barcelona, como en todas partes, se le han tributado; y siendo esto así, como es, no hay para qué decir que de la fruición que como amigos experimentamos en alabarle, quedamos tranquilos. Á Casella no le alabamos porque le queremos, sino que le queremos en fuerza de hallarle tan y tan digno de alabanza.

Barcelona, 21 de Abril de 1871.

DISCURSO DE LA SOCIEDAD BARCELONESA

PARA LA VACUNACIÓN ANIMAL

leído por el Dr. D. José de Letamendi en el acto de la inauguración oficial de la misma, celebrado el día 16 de Enero de 1872

EXCMO. SEÑOR:

Á ningún hombre es dado, por grande que sea su genio, poner un invento propio en condiciones de aplicación social perfecta y completa; y así, por más que el insigne Jenner descubrió en la vacuna la virtud preservativa de las viruelas, no fué el mismo Jenner, sino la experiencia médica ulterior, quien, sin negar el valor específico del virus vacuno, antes al contrario, reconociéndoselo más y más, demostró perentoriamente que la fuerza profiláctica de una sola vacunación no era perpetua: por manera que, entre Jenner, inventor del preservativo, y la medicina contemporánea, descubridora de los límites de su eficacia, se ha logrado obtener el doble conocimiento de la potencia del recurso y de los alcances de su saludable acción. Nada le falta, pues, al descubrimiento, CONSIDERADO EN SÍ, para ser aplicado al bien público, con cabal conocimiento y plena utilidad. Vacunar á los niños, revacunar á su debido tiempo á los adultos, he aquí la tan preciosa como segura regla á que conviene atenerse para librar á los pueblos de los estragos de la viruela.

Y sin embargo, esta enfermedad, lejos de ir desapareciendo de sobre el haz de la tierra, por rápida extinción, quedando reducida, á lo sumo, á dominar sobre los pueblos bárbaros, invade á cada momento las comarcas más cultas, causando estragos, ya por la extensión y la insistencia de sus irrupciones, ya por la malignidad de carácter que con frecuencia reviste, cebándose en gentes de toda condición, de toda edad, de todo sexo.

¿Qué es eso, pues? ¿Cómo se explica que, siendo real y positiva la virtud profiláctica de la vacuna, siendo vulgares, así el conocimiento como la convicción de esa virtud, y tan universal el terror que á todo el mundo infunde una dolencia como la viruela, que pone al atacado en la desoladora alternativa de optar ó por la muerte ó por la fealdad, todavía las epidemias de ese mal son posibles en país civilizado, constituyendo uno de sus más frecuentes y temidos azotes?

¿Es acaso la vacuna un preservativo aristocrático, por lo caro; anti-pático, por lo doloroso; é inasequible, por lo escaso? No; nada de esto: en las epidemias de viruelas, así sucumbe el proletario como el potentado; la inoculación del virus vacuno no causa sufrimientos, y, por lo que dice á la cantidad disponible de linfa, su misma transmisibilidad le hace multiplicable al infinito.

Otras son las causas de este fenómeno sanitario, de este retraimiento tan singular como lamentable, en que el público permanece respecto de la vacunación. Ni la sociedad ni el individuo son tan locos de atar que, conociendo un seguro preservativo contra una afección que tan grande horror causa, y pudiendo hallarle y alcanzando obtenerle, prefieran el peligro del mal á la garantía del preservativo. Si esto sucediese, por ejemplo, con el pan; si viésemos que un pueblo le tiene, y le tiene en cantidad y le tiene barato, y que prefiere padecer de hambre á tomarle y comerle—que es lo racional y espontáneo,—antes diríamos que aquel pan debe de ser nocivo, que no que aquel pueblo debe de estar demente; y he aquí el secreto de lo que pasa con la vacunación.

Toda persona siente, por instinto natural, una invencible repugnancia á permitir que se le inocule en su organismo, que se transfunda directamente á su sangre una substancia extraña, por la simple garantía del nombre que esa substancia lleva, mas que este nombre sea el de *preservativo*. Para que el individuo consienta en la inoculación, es menester que crea firmemente que el agente bienhechor que se le ofrece reúne las condiciones de *realidad* y de *bondad* que su nombre promete, puesto que si la substancia está *falsificada*, la inoculación es un paso *inútil*, y si la substancia está *maleada*, resulta la inoculación un acto *pernicioso*. Así, para que un sujeto acceda á dejarse vacunar, no basta que la linfa vacuna sea procedente, por ejemplo, del *Instituto Jenneriano de Londres*, ó del más sano niño que darse pueda, sino que además es menester que aquél así lo crea. Y, ¿por qué? Por una razón muy sencilla: porque la vacuna ha sido, HASTA AHORA, un asunto de pura confianza, ya que ni el microscopio, ni los reactivos, pueden evidenciar si es *verdadera ó falsa, sana ó nociva*; y en su consecuencia, sólo *à posteriori*, por experimento en el mismo vacunado, era dable certificar lo uno y lo otro; y como nadie que reflexione un poco se presta de buen grado á ser objeto de experimentos que pueden traer tan lamentables consecuencias, fácilmente se comprende cómo se apodera del ánimo la vacilación, y en estos asuntos, de la vacilación al retraimiento no hay más que un paso.

Y lo peor del caso es que lo que el sentimiento de conservación nos sugiere como posibilidad de un mal, viene á menudo la experiencia á mostrarnos realizado en tristesísimos ejemplos. ¡Cuántas personas que, después de ser revacunadas con linfa de cristal, dada por *real y efectiva*, y que, en vista del resultado negativo de esta revacunación, se creyeron preservadas todavía por la virtud de la vacunación primera, sucumbieron luego á un inesperado ataque de viruelas, sólo porque en realidad habían sido revacunadas con *falsa linfa*! ¡Y cuántas otras que, ya vacunándose, ya revacunándose con virus transmitido de persona á persona, creyéndole sano, ya por las apariencias, ya por las verbales protestas de los interesados, abrieron las puertas de su organismo á horrendos y asquerosos males! Páginas, y no pocas, llenaríamos con sólo citar los casos de una y otra naturaleza, vistos y comprobados en nuestra práctica profesional, y muy especialmente de contagios sífilítico, tuberculoso, escrofuloso, y herpéticos, causado por la linfa vacuna extraída de niños ó de adultos al parecer sanos; empero como no está bien que, por citas de hechos privados, tratemos de mover el ánimo de las gentes, y por otra parte, este escrito no se presta por su índole á demasiada extensión, nos concretaremos á consignar unos pocos de los tristesísimos que registran los públicos anales de la Medicina.

En cuatro distintas ocasiones, Trousseau y Cl. Bernard han visto comunicarse la sífilis por la vacuna de un niño inficionado á muchos otros sanos, los cuales contagiaron á sus nodrizas, y éstas á sus maridos, resultando de esta progresión hasta TRESCIENTAS PERSONAS contaminadas de sífilis vacunal. En Febrero último ocurrió en Londres mismo un hecho no menos lamentable, que consta en las actas de la *Royal medical and surgical Society*, y fué que de TRECE personas vacunadas de un niño al parecer muy sano (pero que por minucioso examen ulterior resultó demostradamente sífilítico), ONCE presentaron á seguida de la vacunación accidentes propios de la sífilis, los cuales, para más clara prueba, fueron curados por el tratamiento que la ciencia indica contra este terrible contagio. El Dr. Koebner, en el último número del *Archiv. fur Dermatologie und Syphilis*, después de describir dos nuevos casos de infección sífilítica vacunal observados por el mismo, y comprobados por el tratamiento, reúne la estadística de los publicados en Alemania en Octubre próximo pasado, los cuales ascienden al número de DOSCIENTOS VEINTIDÓS. No hay, en fin, más que ponerse á registrar *Colecciones clínicas*, para reunir datos fehacientes con que llenar de recelo á los médicos y de espanto á los que van á la vacunación *de brazo á brazo*.